

en gratitud y tan solemne día, razones que
de empeñar por juramento, quienes, como nos-
otros, sólo viven con su honor, por su Pa-
tria y por sus Soberanos.

Avuntamiento de Madrid

La representación del Principado de Asturias, expresamente invitada al acto por Su Majestad el Rey, estaba integrada por don gobernador Álvarez, el obispo de Oviedo, el general Bermúdez de Castro; los marqueses de Argüelles, Alado y Teverga; el conde de Valle de Rendueles, el vizconde de Campo Grande, y los Sres. Soro, Canelas, Díaz Ordóñez, Alas Pumarín, D. Nicolás y don Armando, Uria y otros, cuyos nombres no recordamos. En representación de la Cámara de Industria, Comercio y Navegación de Oviedo hallábase D. Carlos Prast.

Otras distinguidas personalidades representaban también a diversos Centros y entidades asturianas.

En lugar reservado veíanse a los coronales que tuvieron la honra de mandar el regimiento del Rey. Entre estos señores figuraban el general D. Leopoldo Ruiz Balanzo, que, a pesar de estar enfermo, quiso ser llevado a la Casa de Campo, y los también generales D. César Aguado, D. Luis Jiménez y Pajero y D. Pío López Pozas, y el coronel, retirado de Infantería D. Enrique Fernández Blasco.

Especialmente invitados figuraban también en la concurrencia los descendientes de los que fueron primeros jefes del regimiento, y entre ellos los duques de Alba, Beaun, Vergara, Luna, Almazán, Soria, Medina y Conquista; marqueses de la Mina, Mendizábal y Riscal condes de Montijo y Guadalupe; general D. Luis Ezpeleta, teniente coronel de Infantería D. Fernando Martínez Montiel, capitán de Infantería D. Enrique Pérez Ojeda y D. Manuel García Aguilá, capitán de la Guardia Civil D. José García Aguilá, capitán de corbeta D. José Ferrerín Pavia e ingeniero de Minas don Federico de Castro.

Comienza el acto.—El Príncipe de Asturias se incorpora a su regimiento. Bendición y entrega de la nueva bandera.

Cuando las fuerzas del regimiento del Rey llegaron a ocupar la explanada y dieron frente a la tribuna de los Reyes, desfiló acompañado de su director de estudios, general conde del Grove y de su profesor señor Loriga, el Príncipe de Asturias, que llevaba el arma suspendida, se dirigió a ocupar su sitio en la primera fila del primer batallón.

Antes hizo los saludos de ordenanza a las banderas, al coronel del Cuerpo, y por último, al capitán de su compañía, y al teniente de su sección. El Príncipe ocupó un sitio al lado del cabo que figuraba a la cabeza de la línea. El soldado que cubría a Su Alteza era el ordenanza del alcaide del cuartel. La compañía del Príncipe estaba mandada por el capitán D. Mariano Capdepón.

Seguidamente la tropa presentó armas ante los Soberanos, y ya entonces pudo admirarse la precisión con que Su Alteza ejecutaba todos los movimientos de la instrucción. No hubo en todos los ejercicios de los soldados y confundido con ellos, el menor defecto. Antes bien; parecía un soldado más afeitado a todas las enseñanzas y a todos los movimientos de la táctica militar. Si por algo destacaba de sus compañeros era por su pequeña estatura al lado de los hombres de mucha edad que él.

Mientras las fuerzas presentaban armas, el coronel del regimiento avanzó a la tribuna, acompañando a las dos banderas: la vieja del Cuerpo y la general de la Infantería. Al otro lado caminaba el capitán ayudante.

Una vez ante los Soberanos, la vieja bandera fue depositada ante el altar de donde se retiró la nueva.

Inmediatamente se procedió a la bendición de la nueva enseña que hizo el obispo de Oviedo, revestido de pontifical, y auxiliado por todo el clero palatino. La copa pluvial que para esta ceremonia se colocó el Príncipe mayor de Palacio, perteneció al ornato.

El escudo de perlas fue el que mandó hacer en Toledo Doña Bárbara de Braganza. Dicho ornato se componía de treinta y tantas piezas a un importe de millones.

Después de la bendición, que fue presenciada por el Cardenal Arzobispo de Toledo y el obispo de Madrid-Alcalá, la nueva bandera, en unión de la de la Infantería, fue llevada a paso lento hasta los Reyes.

Discurso de S. M. la Reina

Enojados, S. M. la Reina avanzó, y sujetando la nueva bandera y haciendo un nuevo movimiento de ella, al oficial encargado de llevarla, pronunció el siguiente discurso: «Señor coronel: Al hacer hoy entrega de esta nueva bandera que acaba de recibir las bendiciones de la Iglesia, una profunda emoción embarga mi espíritu. Que si siempre tales actos, de tanta importancia, se condensan en recuerdos gloriosos del pasado con las incógnitas y esperanzas del porvenir, son propicios a renovar las fibras más delicadas de nuestra alma, sobre todo punto esta sensación al considerar que, dentro de pocos momentos, entre los pliegues de esa enseña venerada, va el Príncipe de Asturias a depositar el juramento de fidelidad y de sacrificio por la Patria».

«Es decir, que ante ellos se entregan pedazos de mi corazón y sangre de mis venas».

En vuestras manos los confío, valientes caballeros del Inmemorial del Rey, rogando que no solo cuando el deber lo pida, no vacíeis en ofrendarles ante el altar de la Patria, que allá a vuestras espaldas quedaran las madres, las esposas y las hijas pidiendo a dios de los Ejércitos que coronen vuestro esfuerzo y mantenga inólumbe el honor de la bandera que abraza a la cruz has llevado glorioso el nombre de España hasta los últimos confines de la tierra.

«He dicho».

La misa.—El Príncipe juró la bandera. La emoción de Su Alteza

Después del teniente vicario D. Jesús García Moreno dijo la misa, ayudado por el capitán del regimiento del Rey, Sr. Olachea, y el del Ministerio de la Guerra, Sr. Villacusa. La capilla que lucía el sacramento, oficiante perteneció al llamado tercio de Lyon, que se encargó en tiempos de Isabel II; se entregó en tiempos de Alfonso XII. Su importe fue de 300.000 pesetas.

Durante el religioso acto volaron sobre la explanada cuatro aviones de Getafe, otros cuatro de Cuatro Vientos y otro pilotado por el aviador chileno O'Page.

Terminada la misa, la primera compañía del regimiento se destacó, pasando el abanderado a ponerse entre ella y la tribuna regia. Al lado de la bandera se colocaron el coronel jefe del Cuerpo, el comandante mayor del mismo D. Eduardo Suárez Souza y el obispo de Oviedo.

Así colocados, el Príncipe salió de la fila para colocarse en el grupo que formaban sus jefes. La emoción de Su Majestad se exteriorizó de tal forma que sus ojos se empaparon de lágrimas. Fue un momento que de tal manera impresionó a los asistentes, que éstos no podrán olvidarlo seguramente. Los Reyes seguían con marcada atención todos los movimientos de su augusto hijo.

Entonces el comandante mayor del regimiento pronunció en alta voz las frases de ordenanza:

«Soldado: Juráis a Dios y prometéis al Rey seguir constantemente sus banderas y defenderlas hasta derramar la última gota de vuestra sangre, y no abandonar al que os estuviere mandando en acción de guerra o en disposición para ella?»

El Príncipe de Asturias, emocionado contestó:

«Sí, juro».

«Sí, así lo hacéis»—dijo entonces el obispo de Oviedo—Dios os lo premie y si no os lo demuestro».

Después Su Alteza besó la bandera y pasó por debajo de ella para ir hábilmente a ocupar su sitio en la fila.

Discurso de S. M. el Rey

A continuación S. M. el Rey se separó del grupo que con su familia formaba y avanzando hacia el regimiento con voz fuerte y ademán enérgico pronunció una vibrante alocución que causó vivísima impresión a todos los concurrentes. He aquí el hermoso, fraternal y patriótico discurso del Soberano:

«En el día de hoy has tenido la honra más grande que puede tener todo buen español. Acabas de prestar juramento a tu bandera, y con ese juramento has hecho el del sacrificio de tu vida por la Patria. Ese sacrificio estoy seguro que en cualquier momento lo harás, porque eres hijo mío y soldado del Inmemorial, pero además del juramento que has hecho ojalá cualquier español, para ti significa un doble sacrificio, porque eres Príncipe de Asturias y como tal Príncipe de Asturias ofreces tu vida y prometes en todo momento cumplir con tu deber al perder tu libertad individual para no pensar más que en la Patria, en España y en los españoles, no teniendo más ideal que hacer a España grande y fuerte. Estoy seguro de que tú, en todo momento, te acordarás del honor que has recibido hoy al ser el primer soldado del Inmemorial que jura su nueva bandera».

Recordar por las tradiciones, que por Flandes, América, Italia, España, África y en todo el mundo, el regimiento, con su sangre vertida y con sus glorias ha dejado siempre bien puesto el nombre de nuestra Patria. También en todo momento te acordarás de que no solo eres el primer recluta que jura esa bandera, sino que como Príncipe de Asturias, eres el primer español obligado a cumplir con tu deber como yo deseo que cumplas todos, y así serás digno hijo mío y tendrá la satisfacción más grande de todas, al pensar que cuando seas Rey cumplirás con tu deber».

«Soldados del Inmemorial! ¿qué os he de decir a vosotros? Mi padre sirvió en esta compañía en el mismo puesto que hoy ocupa mi hijo. Para un padre no cabe mayor satisfacción que la de dar su hijo a un regimiento y a una compañía como yo lo deseo, y ya sabéis que desde hace mucho tiempo estoy entre vosotros, y con vosotros, para arrostiar todas las fatigas que se presenten. Con vosotros para los días de gloria lo mismo que para los días tristes».

Yo estoy seguro de que el regimiento Inmemorial no olvidará nunca el honor que ha tenido al recibir esta bandera hoy, y que en todo momento cumplirá con su deber. Y en prueba de que así lo hacéis, decid conmigo: Viva España».

El Viva a España de S. M. el Rey, fue contestado clamorosamente por todos.

Desoarga y desfile.—Terminada el acto, la Reina Cristina y su hijo, el Príncipe de Asturias, se retiraron.

Acto seguido el regimiento pasó al fondo de la explanada donde hizo una descarga. Después de ésta, el Soberano, marchando con el coronel al frente de las fuerzas, desfiló con ellas.

El paso del Príncipe de Asturias con su compañía ante la concurrencia, despertó vivos murmullos de admiración en aquella. Al mismo tiempo, los soldados, al pasar ante Su Majestad, ovacionábanlos con entusiasmo.

Con el desfilé terminó el acto, que no ha podido resultar ni más brillante ni más solemne.

La Real familia regresó en automóviles a Palacio, excepto la Reina madre que siguió al regimiento en que iba su augusto nieto, al que recogió cerca de la de la entrada de la Casa de Campo.

En las primeras horas de la tarde el regimiento del Rey desfiló ante Palacio. A uno de los balcones de éste se asomaron el Soberano y el Príncipe de Asturias, y el público, muy numeroso, que se agolpaba frente al Alcazar, tributó a Su Majestad y a Su Alteza calurosas y entusiastas ovaciones.

Telegrama a las autoridades de Marina

El Sr. Dato ha dirigido a las autoridades de Marina el siguiente despacho circular:

«De orden de S. M. el Rey transmito a V. E. para que lo haga llegar a todos los generales, jefes, oficiales, clases y soldados a sus órdenes, entusiasta saludo, S. A. el Príncipe de Asturias y el día siguiente de su juramento de fidelidad a la gloriosa enseña de la Patria».

Otro telegrama de Guerra.—Arrestados en libertad

También, por el Ministerio de la Guerra se ha expedido a todos los capitanes, comandantes generales y alto comisario el siguiente telegrama:

«De orden de S. M. el Rey (q. D. g.) transmito a V. E. para que lo haga llegar a todos los generales, jefes, oficiales y soldados a sus órdenes, entusiasta saludo, S. A. el Príncipe de Asturias y el día siguiente de su juramento de fidelidad a la gloriosa enseña de la Patria».

Igualmente ha dispuesto Su Majestad que con tan fausto motivo sean puestos en libertad todos los arrestados que no estén sujetos a procedimientos.

Para mañana.—Comida en la Casa de Campo.

Como ya hemos anunciado, mañana martes, y por invitación de Su Majestad, se reunirá a comer en la Casa de Campo los que fueron jefes y oficiales del regimiento, los que lo son actualmente y la tropa, siendo seguramente más de 1.400 el número de comensales.

En la mesa de S. M. el Rey tomarán asiento el comandante general de Alabarderos y jefe de la Casa Militar de Su Majestad, general D. Joaquín Milans del Bosch; ayudantes del Rey, general conde del Grove, ministro y subsecretario de la Guerra, vizconde de Eza y general Romero Blanco, vizconde de Eza y general Romero Blanco, respectivamente, capitán general de la región, don Francisco Aguilera; gobernador militar, don D. Alfau Ayala; general de la división, don D. Luis Freidrich; general de brigada, don Manuel Montero, y los que fueron antiguos jefes del regimiento, generales Jiménez Pajero, Aguado, Marzo, López Pozas, Roselló y conde de Clonard; coronel del Cuerpo, don Leopoldo Soro, y coronel de los regimientos de Infantería y de Caballería del Príncipe, don Francisco Zabilleja y D. Enrique Chacón.

Con S. A. R. el Príncipe de Asturias tomarán asiento en la mesa los jefes del primer batallón, teniente coronel Sr. Guerra, y comandante duque de Sevilla, los profesores de Su Alteza, capitán de corbeta Sr. Antelo, comandante de Artillería Sr. Loriga, y capitán de Infantería Sr. González Jonte, y los oficiales de la primera del primero, capitán Sr. Capdepón, teniente Sr. Camps y alférez Sr. Artieda.

MAXIM'S

Establecimiento de primer orden

Alcalá, 17.—Teléfono 12-88

Te-lango todas las tardes a las 8.30.

Señor de doce y media en adelante.

Restaurant a la carta

ORQUESTA DE TZIGANES

Los conflictos obreros

En Madrid

Los harineros

Una representación de la Asamblea de Sindicatos de fabricantes de harinas, ha visitado al jefe del Gobierno para hacerle entrega de unas conclusiones en las que piden que, en el caso de que el Estado persista en el actual sistema de fijación de precios a los productos del trigo y de la harina, sea también el Estado el único comprador del trigo nacional y el único vendedor de la harina elaborada con el mismo.

Todo menos consentir que los Sindicatos sigan adquiriendo aquel cereal por el procedimiento hoy en práctica.

Solicitan un aumento en el margen de molienda en la siguiente escala:

Al precio de 48 pesetas los 100 kilos, corresponden un margen de 14 pesetas; al de 49, 14,33; al de 50, 14,66; al de 51, 14,99; al de 52, 15,32; al de 53, 15,65; al de 54, 15,98; al de 55, 16,31; al de 56, 16,64; al de 57, 16,97; al de 58, 17,30; al de 59, 17,63; al de 60, 17,96.

Terminan anunciando que si el Gobierno no accede a sus demandas, no quieren provocar ningún conflicto que pudiera derivarse de la falta de abastecimiento de harinas, pondrán a disposición de aquél todas sus fábricas harineras para la resolución por el mismo del citado problema y prestando para su más fácil ejecución la cooperación decidida y resultada de los mismos fabricantes y del personal a sus órdenes.

En provincias

Detención de cuatro sindicalistas

SEVILLA 14.—Han sido encarcelados cuatro sindicalistas, a quienes ayer sorprendió la Guardia civil en el sitio denominado La Barqueta, adiestrándose en el tiro al blanco con pistolas Swar. Hacían los disparos sobre un peñol.

Han confesado que formaron en el grupo que durante la pasada huelga recorrió las obras amenazando, pistola en mano, a los obreros que trabajaban.

Practicado un registro en los domicilios de los detenidos, se han recogido folletos, cartas y otros documentos de carácter revolucionario.

Los empleados de Altos Hornos

BILBAO 14.—Mañana celebrarán un mitin los empleados en las oficinas de los Altos Hornos.

Se afirma que se declararán en huelga por no haber sido atendidas las peticiones de mejora que tenían formuladas.

La situación en Zaragoza

ZARAGOZA 14.—El Juzgado ha continuado sus actuaciones relacionadas con la explosión de un petardo frente al taller de carpentería de Bonaburo.

Por referencias particulares se sabe que el dueño del mencionado taller ha declarado que acababa de cerrar las puertas de su establecimiento cuando ocurrió la explosión.

Parece que se trata de un atentado sindicalista contra el citado patrono, cuyos obreros han intentado darse de baja en el Sindicato, y además se niegan a satisfacer las cuotas para el sostenimiento de la Sociedad.

Mineros en huelga

PALENCIA 14.—Se han declarado en huelga los mineros de la Compañía Carabarra, del término de Respendeda de la Peña. Reclaman un aumento de diez reales en el jornal y que las composturas de la herramienta las coste la Empresa.

Esta no accede a la petición.

Las tarifas de los tranvías

Desfiriendo a la invitación del señor ministro de Fomento, las Empresas constituidas en aplazar la aplicación de las nuevas tarifas y en modificarlas en armonía con sus indicaciones.

En su consecuencia, desde 1.º de julio próximo se aplicarán las tarifas anunciadas en los periódicos con fecha 29 de febrero último, para las líneas Sol-Quevedo, Sol-Bombilla, Sol-Pacífico, Sol-Obispo, Red de San Luis-Prosperidad, Sol-San Francisco, Sol-Embajadores, Sol-Legado, Cibeles, Puente de Toledo, marqués de Uquijo-Moncloa.

Se modifican, reduciéndolas, las de Sol-Salamanca, Sol-Goya, Sol-Arquillos, Sol-Hipódromo, Sol-Pozas, Sol-Diego de León (por Serrano y Velázquez), Plaza Mayor-Pozas y Ferretería Retiro, para las cuales regirá la tarifa única de 15 céntimos, cualquiera que sea la distancia que se recorra.

En las líneas de vía estrecha se aplicará la tarifa única de 15 céntimos, para cualquier distancia, en las recorridas San Jerónimo-Arquillos, San Jerónimo-Olvidado, Atucha-Estación del Norte y Circular San Jerónimo (por Lista o Independencia).

Para la línea de San Jerónimo-Atucha regirá la tarifa de 10 céntimos.

Quedan subsistentes las actuales tarifas en las líneas de Sol-Ventas (suprimiendo la sección Sol-Independencia), Sol-Chambril, Sol-Progresso, Sol-Rod de San Luis-Cuatro Caminos, Sol-Dalicias (suprimiendo la sección Sol-Plaza de Cánovas), Hipódromo-Chambril, Plaza Mayor-Puerta del Ángel y Cibeles-Puente de la Princesa.

Madrid, 14 de junio de 1920.

Consejo de Ministros

Referencia oficial

El Consejo de ministros celebró el sábado terminado después de las nueve de la noche.

El ministro de Estado, por ser día de valedad, abandonó el Consejo antes de terminar la referencia la dio el Sr. Bergamín, en los siguientes términos:

«El presidente leyó, y fueron aprobadas las bases de la Real orden fijando el precio y las condiciones de venta de los periódicos».

«El ministro de la Gobernación propuso que se le autorizara para abrir el concurso de arriendo de un local para Guardia civil en Valencia».

«El ministro de Gracia y Justicia sometió al Consejo, y fueron aprobados, un decreto reformando la ley y el régimen de los ascensos (suprimiendo los turnos de mérito) para los empleados de Prisiones, y varios de indulto».

También dio cuenta de las bases generales para un Real decreto regulador de los arrendamientos de predios urbanos, cuyo definitivo proyecto presentará en el Consejo próximo.

Por el ministro de la Guerra se dio cuenta de un proyecto de ley para la construcción de casas baratas con destino a militares, que pasará a estudio del ministro de Hacienda por su relación con el régimen tributario.

Se aprobaron también un decreto de Fomento reformando el de caminos vecinales vigentes, y otros del mismo departamento, autorizando las obras de defensa de la estación de Intercambios de los Arhenes.

Continuó, por último, el estudio de las bases para el concurso del servicio de comunicaciones marítimas con Baleares y Canarias, zona del protectorado y posesiones del Norte de África».

Ampliación.—El asunto de la Mancomunidad. Los alquileres.—Un decreto

Según referencias autorizadas que se tienen de la deliberación de los ministros, el asunto que dio el tono de importancia a la reunión ministerial fue el relativo a la Mancomunidad del cual nos ocupamos por separado.

Le siguió en orden de interés el referente a las medidas gubernativas sobre el alza de las viviendas y régimen de desahucios.

Juegan en el muchos intereses, y sobre el actúa la opinión pública con fuerza irresistible.

El ministro, parte su resolución, parte de un hecho consumado, y es que ya se manifestó, en parte, la voluntad del Parlamento con el proyecto que aprobó la Cámara popular y quedó pendiente de la discusión del Senado.

El Gobierno aceptó la orientación del ministro de Gracia y Justicia y puso el visto bueno a las bases del Real decreto que proyecta.

Faltan, para la redacción definitiva de éste, algunos detalles que se ultimarán en conferencias que habrá de sostener el conde de Bugallal con propietarios e inquilinos.

Dos caminos se ofrecen a la resolución ministerial: el nombramiento de Comisarios arbitrales formados por tres propietarios, tres inquilinos y un presidente, que puede ser funcionario judicial, o la concesión de libertad a los jueces para dictaminar, según los casos, en el régimen de desahucios por término de plazo o contrario.

La disposición, probablemente, será leída en el Consejo del próximo miércoles.

DESDE ALMERIA

Terrible incendio.—Almacenes destruidos

ALMERIA 14.—En la carretera de Poniente, frente a la Pescadería, se incendiaron los almacenes, donde había depositadas salazones, higos secos y otras mercancías, destinadas a la exportación.

El edificio quedó destruido.

Estaba asegurado por una Compañía francesa.

De Abastecimientos

Desde el sábado viene circulando el rumor, que fue acogido por la mayoría de los periódicos, de que el comisario de Abastecimientos ha presentado la dimisión de su cargo.

Esta mañana acudimos a la citada Comisaría, en donde ni negaron veracidad el rumor ni confirmaron tampoco la noticia; únicamente se limitaron a decirnos que el Sr. Viguri no recibía, y que noticiado no había más que lo sigue te.

Mañana aparecerá en la Gaceta una circular disponiendo que, tan pronto como los gobernadores reciban el aceite de tasa adjudicado a sus respectivas provincias, procedan al reconocimiento del mismo para ver si reúne las condiciones exigidas.

EN LOS CUATRO CAMINOS

Atropello y motin

El pueblo, indignado, quemó el automóvil.—Varios esnados

Anteanoche, a las nueve, ocurrió en los Cuatro Caminos un atropello de automóvil. La víctima fue el niño de once años Jacinto Rodríguez Sánchez, quien iba cargado con un libro de repaso.

El automóvil fue guiado Antonio Mino Lope, se echó encima materialmente, arrollándolo.

El atropello, por la forma en que sucedió, produjo en el público, a aquella hora numerosa, tal indignación, que estalló un verdadero motin.

La criatura fue sacada de debajo del automóvil y llevada a la Casa de Socorro, a pocos pasos del lugar del suceso.

Las gentes atacaron al vehículo. Sobre el chauffeur cayó una lluvia de puñetazos y bofetadas, y hubieron pasado por de no acudir en su auxilio el sargento de ingenieros zapadores D. Paulino Morales, el coronel del regimiento del Rey, Humberto Velázquez Blanco, y los guardias de Seguridad números 520 y 594, Mariano Gómez Serrano y Clemente Besalga Arango.

Los golpes dirigidos al chauffeur alcanzaron también a un amigo suyo que lo acompañaba, llamado Mariano García Martín.

No paró en esto la cosa. El público le emprendió a palos y pedradas con el coche, que fue volcado.

Varios de los más indignados le prendieron fuego, y en cuestión de instantes el vehículo quedó envuelto en llamas.

Los militares y guardias mencionados trataban inútilmente de imponer su autoridad, y aun intentaron extinguir el incendio. El

motin por momentos adquiría más graves caracteres, pues pretendían las indignadas gentes apoderarse a toda costa del chauffeur, que había sido llevado también a la Casa de Socorro.

Reclamadas fuerzas a la Comisaría, acudió un pelotón de guardias, que tuvo que dar varias cargas a sable para obligar a los amotinados a disolverse.

También acudieron varios bomberos del parque de la calle de Santa Engracia, al que trasladaron el vehículo, hecho trizas materialmente.

La tranquilidad se restableció a la hora y media de ocurrir el atropello.

En la Casa de Socorro se le aplicaron al niño atropellado varias lesiones de carácter leve, y por consecuencia del motin durante el cual se hicieron varios disparos, cuyos autores se desconocen, fueron también asistidos el sargento y el corneta, los dos guardias, el chauffeur y su amigo.

Los dos militares sufrieron lesiones de pronóstico reservado, y los restantes de carácter leve.

No se pudo practicar ninguna detención.

FIRMA DEL REY

De Marina.—Propuesta de ascenso a favor de los comandantes de Infantería de Marina D. Vicente Remírez y D. Eleuterio Suardias; capitanes D. Nicolás Montijo, don Antonio López, D. Francisco Ariza, D. Severo Martín, D. Rafael Trambell, D. Carlos Morris y D. Edoardo Iglesias.

Idem de mando del transporte guerra Almirante Loño al capitán de fragata D. Enrique Marra López.

LA BOLSA

Cotización de 14 de junio

BOLSA DE MADRID

4 por 100 INTERIOR

Serie F..... 72 80 72 50
G..... 73 60 73 70
A..... 73 70 73 70
Fin de mes..... 72 25 71 95

4 por 100 EXTERIOR

Serie F..... 84 00 84 00
G..... 84 00 84 00
A..... 84 00 84 25

4 por 100 AMORTIZABLE

Serie E..... 87 00 00 00
G..... 85 00 85 00
A..... 85 25 85 25

5 por 100 AMORTIZABLE 1900

Serie F..... 94 60 00 00
G..... 94 95 95 00
A..... 94 95 94 95

5 por 100 AMORTIZABLE 1917

Serie F..... 94 00 00 00
G..... 93 75 94 00
A..... 93 75 94 00

ÓSEULAS

Banco Hipotecario, 4 por 100..... 97 75 98 00
Idem 5 por 100..... 103 85 103 93

ATUNAMIENTO DE MADRID

TOROS

Corrida extraordinaria.—Tres toros de la señora viuda de Salas y tres de don Juan Contreras.—Matadores: Celis, Algabeño II y Dominguín.

En pocas ocasiones habrá una costumbre más arraigada de hacer profecías que en la afición taurina, donde cualquiera puede permitirse el lujo de «divinizar» excomulgando, con mentes sencillas, realizar apreciaciones fulminantes, o augurar con la seguridad de un oráculo. Ayer, una gran parte de los aficionados que forman la céntrica, dejaron de asistir a los toros seguros de evitarse una tarde de aburrimiento solemne; otros fueron tan sólo por la costumbre adquirida, y ninguno pudo reprimir un gesto desdenoso al leer el cartel que en ningún modo hubiere sido apropiado para una corrida de abono y que estaba formado por toros que oían a sí y por toreros un poco olvidados de la afición.

Una vez más fracasaron, ante los caprichos de la fortuna, los vaticinios de los que se creen enterados, y, sin esperarlos, presenciaron una buenísima corrida de toros, que dejó un grato y perdurable recuerdo en nuestra imaginación.

Los toros

Los de Salas estuvieron muy bien presentados, siendo un toro muy fino y bonito el lidiado en quinto lugar, y un hermoso ejemplar de muchísima arrobas y respeto el que corrió plaza.

Los dos toros primeramente lidiados hicieron muy buenas puestas, sobresaliendo el primero, y fueron nobles y bravos en todos los tercios, y el sexto, que no pasó de cumplir medianamente con los deberes, y hubo varias veces de los capotes, los también noble y no se defendió, ni ofreció otras dificultades que la de su escasa bravura.

Los de Contreras también estuvieron bien presentados y todos hicieron buena puesta, sobresaliendo el lidiado en segundo lugar, que fue un buenísimo toro en todos los tercios.

Los seis toros fueron sobre todo nobles hasta la exageración y no dieron una corrida; embestían derecho y embastaban los morrillos fuertemente en cuantas ocasiones fue preciso. Y como esto es lo esencial en la fiesta, sobran motivos para que los diestros se lucieran, aunque es de justicia asimismo el decir que los diestros buscaron también la ocasión de lucirse y hacerse aplaudir.

Celis

Muy desentendido está el torero gallego, y claramente pudieron apreciarse esta falta cuando presenciaron sus toros.

Celis fue siempre un torero basto y no era a toro, casi a su vez toro, cuando el hombre había de ejecutar con él. Cien años de torero de esta clase, siempre, ayer demostró una vez más lo que puede la buena voluntad y el pudor de los hombres. Y hablando con dos compañeros que se habían apostado las leguleñas hasta hacerse señores en las coras, se hizo aplaudir el veterano Algabeño, que en la lidia, después de un pinchazo y media estocada, después de una finta movida, y a su siguiente de una estocada contraria, aunque atrevida, propincha después de una finta tranquila, en los medios de la plaza una gran parte de ella, aunque nosotros creemos que hubiera podido lucir más en los tercios, donde es axioma que la generalidad de los toros se vea torar mucho mejor.

Celis dio la vuelta al ruedo en este toro y no digámosle con sus compañeros en quites.

Algabeño II

Desde poco después de tomar la alternativa está mucho mejor, que a de novillero destruido de guerra y a fama de astorador, parecía el hombre predestinado, no sólo a toros en Madrid muy de tarde en tarde, sino a que se lecharan en todas las corridas de peso y de dificultad, con los que otros toreros más obligados por su fama, no querían aparecer por sobre de cualquier otro. Ayer tardó mucho en salir al Arzobispado, tropiezo con dos toros bravos, nobles y matadores, y aunque también se le notara, y como no, como a su compañero Celis, la falta de no hallarse colocado, sobre todo al toro con el capote, el hombre corrió todo su ruidor en la balanza, y tuvo una tarde completa, en la que no cedió de sus justas ovaciones.

Con la muleta toró mucho con la mano izquierda, y a la vez, es cierto que los peses al natural no fueron en general bien ejecutados por templar poco, sólo aplausos merecidos por buen uso de la mano zurda que, en la hora suprema, es la mano elegida.

Las faenas fueron serenas y reposadas y en las dos fue «todo verdad» y el toro poco repetidas veces «todo entero», cruzando ante la figura erguida del lidiador, que paró la planta, obligándole a tomar el engaño.

Al matar, la cosa fue, en general, sencilla, pero formidablemente buena, la media estocada atravesada, en contrario, entrando bien en la suerte natural, un gran pinchazo en buzo saliendo apoyado sobre el estoque y una estocada colosal entrando a tomas y daga, de efectos tan fulminantes que aún no había vuelto casi la cara Carranza, cuando la res abrió las manos y comenzó a tambalearse, para, a los pocos segundos, caer en una soberana voltereta con las cuatro patas por el suelo.

En su segundo toro pinchó una vez el bravo matador, y sonando con una estocada superior, que hizo también caer al de Salas con las patas en el suelo antes había sucumbido el de Contreras.

Algabeño, que dio la vuelta al ruedo en sus dos toros y tuvo que saludar desde los tercios, también en ambas ocasiones, dio un gran estirón ayer en su carrera.

Ningún motivo había para tener olvidado a un estocador tan pundonoroso y estimado, del que siempre puede esperarse el recibir una soberana sensación que produce el ver herir a volapié neto a un toro, aunque sea grande y cornalón; que Carranza es hombre de pelo en pecho, a quien en modo alguno—y bien demostrado lo tiene—arrodan las arrobas ni los pitones.

Muy bien, Algabeño, muy bien!

Dominguín

El éxito del torero de Quismondo fue ayer sencillamente definitivo, y puede decirse que equivale a una consagración, salvo las posibles contingencias del futuro, que por algo, como dicen los clásicos, «los toros dan y quitan».

Con decir que Dominguín cortó ayer dos corras en la plaza de Madrid, basando en ellas, como en la fortuna de ver la corrida para juzgar de la magnitud del triunfo del diestro toledano, que estuvo superior toda la tarde, y tuvo momentos en que llegó a tocar en los casi inolvidables lindes del sublimar en el arte de lidiar reses bravas, ¡así, así, y como suena!

Dominguín, que desde que era novillero tuvo en algunos momentos de su torero un evidente parecido con Belmonte, ayer se presentó ante nosotros, toreando de tal manera que, sobre todo en las magníficas ve-

ronías con que saludó a su primer toro; en varios de los peses suministrados a esta misma res; en dos verónicas por el lado izquierdo, realmente incommensurables, dadas al toro que corrió plaza, y en los dos peses con que, después de hacer embestir a este toro a fuerza de bravura, se lo echó por delante, sacándole ambas veces la muleta por el rabo, el clasicismo no superado ni por la escuela fondeada del toro del trianero, fue tan admirablemente lúcido por el torero toledano, que cualquier hubiera dicho que quien toreaba, era el mismísimo Señor Juan Belmonte y en sus mejores tardes.

Los Belmontistas habían tenido hasta ayer un gesto despreciativo para Dominguín. ¡Qué se ha de parecer a Juan ese torero! decían. Además, en lo íntimo, seguramente no tenían gana de que se pareciera, como no les gustaba que dijera nadie que Carpio, el noble torero valenciano, toreaba con el estilo del trianero. ¡Efectos de la pasión con que estas cosas se miran por algunos!

Nosotros, que hemos siempre admirado y defendido como «único» el estilo de torero de Belmonte, sin que esto nos haya privado el crítico severamente otros graves defectos del trianero, sobre todo su falta de afición y de voluntad de complacer al público, creemos, por el contrario, que sus partidarios, que para Belmonte perdurara, ya absolutamente preciso y así había de serlo, dado lo enormemente atrevido y emocionante en varias ocasiones. Por el estilo de Belmonte, y desde ayer, puede decirse que existe ya la escuela Belmontina con un discípulo aventajadísimo: Dominguín.

En su primer toro realizó el diestro una buenísima faena de muleta alternando el paso natural con el de pecho dos veces seguidas. Después hubo molinetes y rodillazos, y cuando se arrojó lo cogió el pitón de la res, haciéndole embestir, el toro estaba absolutamente dominado. Media estocada buena, dando tumbos, con la brillante faena y la finta conocida la oreja, aunque protestaron algunos que seguramente habrían pedido otras con menos justicia.

El último toro de la tarde era un toro enorme, corno claro, alto de agujas, huido, gordo y con gran cabeza, que pasaría seguramente sobre sus treinta arrobas.

A duras penas cumplió la res con la caballería, y se fue del capote de los peses y de Dominguín en varias ocasiones. Por el diestro estaba decidido, y es indudable que cuando un torero corre detrás de un toro manso cinco veces, el toro «caba por devolvérle la finta» y le embiste otros cinco para que se luzca. ¡No lo habéis notado?

Y Dominguín corrió y el premio a su voluntad lo tuvo al dar aquellos dos lanceos enormes, inconcebiblemente enormes por lo artísticos y lo emocionantes que fijamos bien no han sido superados por nadie jamás, que yo recuerde. ¡Y llovo muchos años, muchos, viendo toros!

La faena de muleta fue de obligar al manso que huyó, y tras los primeros esfuerzos y las primeras carreras persiguiéndole, vinieron los dos muleteros magnos a que antes ha hecho referencia. ¡Señores, qué arte y qué revelación de muchacho! Y luego, en su guía, en cuanto el toro igualó, media estocada superior que echó a rodar como una pelota al de Salas.

Bue, y ya salió la gorda. El presidente concedió la oreja también. La gente no se movió de los tendidos, los capitalistas cogieron la valiente muchacha y lo sacaron por la puerta de Madrid en medio de una ovación inenarrable y lo llevaron... ¡yo no sé dónde lo llevaron! ¡Puede que no hayan parado hasta Quismondo!

Los aficionados salieron encantados de la plaza, después de haber visto una gran tarde. Yo no sé, si cualquiera predice en esta fiesta, si los éxitos de Algabeño y de Dominguín se verán consolidados si serán fogatas de virtudes, pero lo que sí es que cuando pasan muchos años, muchos, y sobran las cabezas de los muchachos jóvenes que vieron la finta a huya caída abundante la muleta de las cabras y se juntan alguna vez para recordar anorando los alegres tiempos de la juventud, muchos años después de decir: «¡una tarde, Dominguín!».

Y es el recuerdo perdurable, será el mejor laud del bravo muchacho que ayer, en la plaza de Madrid, supo dar una sensación enorme de arte y de clasicismo al juzgar la vida.

CARAMBA

En Tetuán

Sis novillos de Félix Sanz, y de matadores Carlos Gómez, Ceballos y Manolo Manchaca.

Con una entrada formidable se lidiaron ayer seis novillos de Colmar, propiedad del Sr. Sanz, que resultaron regulares, llegando avisados a la muerte debido a los muchos capoteos que les dieron.

Los matadores

Carlos Gómez, exceptuando un par de verónicas a su primer toro, no demoró en darnos un velo, pero muy tupido, pues no juntamos las manos en toda la tarde.

Ceballos estuvo valiente a ratos; en su segundo hizo una bonita faena con peses de todas las marcas y casi toda ella con la mano de torero; junto las manos el colmearse y después de dar en buzo, agarró una estocada en los rubios que lo valió una gran ovación.

El debutante Manchaca no hizo nada sobresaliente, tirando a salir del paso como buenamente pudo en sus dos toros; en su segundo tuvo que ingresar en la enfermería con un golpe que se dio contra la barrera, terminando este toro de matarle entre Carlos Gómez y los capitalistas. Y que arrojaron por docenas al redondo. Y vualso a preguntarse de nuevo, ¿y las autoridades?

M. N.

Carreras de caballos

REUNION DE PRIMAVERA

Undécimo día

Presentaba ayer el Hipódromo el mismo brillante aspecto que de ordinario viene presentando este año; por lo que al público se refiere, la temporada presente supera a todas las anteriores, por lo que muy de corazón felicitamos a la Sociedad organizadora, a cuyos aciertos se debe el éxito.

La prueba principal de la jornada, el Premio Stanborough, resultó, en cambio, de lo que las damas importantes, de falta de inscripción. Acaso, en vista del desarrollo de las carreras, fuese preferible para otra vez reducir el número de carreras importantes, dotándolas con el importe de las suprimidas; en vez de seis premios, que sólo disputan tres o cuatro corredores, podríamos así tener tres—el característico Premio Alfonso XII, uno de tres años y el Premio Antivari, por ejemplo—con campos mejor nutridos. Los organizadores, mejor que nadie, podrán pasar las ventajas e inconvenientes—que a todo hay—de esta reforma.

«Roma» se adjudicó fácilmente, como era de esperar, el premio Stanborough. Corrió bien, y no encontró enemigo. «Don Quijote» y «Willow» se reservaron para

otra ocasión. Las dos últimas carreras, con campos de nueve y ocho caballos, resultaron las más lúidas; en el premio a reanudar los dos favoritos, «Comarnico» y «Plot D'Enrico» batieron brillantemente al resto del lote; en el «Champion» por el contrario, «Patriciano», bien colocado en el peso, derrotó a «Astignac» y «Lancewood» en una llegada apretada, no figurando «Rosnay» más que con la primera parte de la carrera. Los caballos nacionales galoparon medianamente y «Khalifah» se dejó batir por «Royal Bang» sin oponer siquiera la defensa que sus partidarios esperaban.

He aquí los detalles de la jornada:
Primera carrera: PREMIO SANGUINE, 2.300 pesetas, 1.400 metros.—1. «Royal Bang», 62 (Archibald), del conde de la Cima.—2. «Khalifah», 56 (Wing), del barón de Velezoso.

Tiempo, 1' 8".

Segunda: PREMIO FERNAN—NUÑEZ, «Champion», 2.300 pesetas, 1.300 metros.—1. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—2. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—3. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—4. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—5. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—6. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—7. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—8. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—9. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—10. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—11. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—12. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—13. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—14. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—15. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—16. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—17. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—18. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—19. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—20. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—21. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—22. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—23. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—24. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—25. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—26. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—27. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—28. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—29. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—30. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—31. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—32. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—33. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—34. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—35. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—36. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—37. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—38. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—39. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—40. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—41. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—42. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—43. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—44. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—45. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—46. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—47. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—48. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—49. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—50. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—51. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—52. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—53. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—54. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—55. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—56. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—57. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—58. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—59. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—60. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—61. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—62. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—63. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—64. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—65. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—66. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—67. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—68. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—69. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—70. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—71. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—72. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—73. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—74. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—75. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—76. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—77. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—78. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—79. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—80. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—81. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—82. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—83. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—84. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—85. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—86. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—87. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—88. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—89. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—90. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—91. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—92. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—93. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—94. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—95. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—96. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—97. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—98. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—99. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—100. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—101. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—102. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—103. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—104. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—105. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—106. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—107. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—108. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—109. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—110. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—111. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—112. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—113. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—114. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—115. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—116. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—117. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—118. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—119. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—120. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—121. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—122. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—123. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—124. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—125. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—126. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—127. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—128. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—129. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—130. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—131. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—132. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—133. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—134. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—135. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—136. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—137. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—138. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—139. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—140. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—141. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—142. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—143. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—144. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—145. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—146. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—147. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—148. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—149. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—150. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—151. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—152. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—153. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—154. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—155. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—156. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—157. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—158. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—159. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—160. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—161. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—162. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—163. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—164. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—165. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—166. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—167. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—168. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—169. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—170. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—171. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—172. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—173. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—174. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—175. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—176. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—177. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—178. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—179. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—180. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—181. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—182. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—183. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—184. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—185. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—186. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—187. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—188. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—189. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—190. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—191. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—192. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—193. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—194. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—195. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—196. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—197. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—198. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—199. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—200. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—201. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—202. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—203. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—204. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—205. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—206. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—207. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—208. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—209. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—210. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—211. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—212. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—213. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—214. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—215. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—216. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—217. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—218. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—219. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—220. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—221. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—222. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—223. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—224. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—225. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—226. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—227. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—228. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—229. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—230. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—231. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—232. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—233. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—234. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—235. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—236. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—237. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—238. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—239. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—240. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—241. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—242. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—243. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—244. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—245. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—246. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—247. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—248. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—249. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—250. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—251. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—252. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—253. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—254. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—255. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—256. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—257. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—258. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—259. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—260. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—261. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—262. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—263. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—264. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—265. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—266. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—267. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—268. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—269. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—270. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—271. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—272. «Lapiaz», 40 (Archibald), del conde de la Cima.—273. «Lapiaz», 40 (

RENOSEPTINA

TEMPRANO

Nunca se vió un específico tan honrado por la clase médica como la

RENOSEPTINA

Esta es su mayor recomendación:

Vea usted la opinión que le merece al Excmo. Sr. Doctor D. Baldomero González Álvarez, médico de S. M. el Rey y académico de la Real de Medicina.

Sr. D. Santiago Temprano.

Muy señor mío y estimado compañero: Me pide usted mi opinión sobre su preparado **RENOSEPTINA**, y con decirle que para combatir mi artrismo inveterado lo vengo usando con provecho y ventajas sobre los otros similares que antes tomaba, creo hecha su mejor apología.

Son muchas las personas que han sustituido con la **RENOSEPTINA** los demás antiartríticos, y yo la prescribo con gran entusiasmo en cuantas ocasiones la creo indicada.

La preparación está muy bien hecha y su gusto es agradable.

Me complace mucho en participárselo y en ofrecerme a sus órdenes muy atento, amigo y compañero, q. e. s. m.,

BALDOMERO GONZÁLEZ ÁLVAREZ

DEPOSITOS AL POR MAYOR

En Madrid: Sres. Hénar Garrido y Compañía, R. Casas, E. Durán, G. Ferrés, Pérez Martín y Compañía y J. Megino.
En Almería: Sres. Matarredona Hermanos.
En Almería: D. J. Vivas Pérez.
En Badajoz: Sr. Sánchez Puerto, Morales, 8.
En Bilbao: Centro Farmacéutico Vizcaino.
En Burgos: Sra. Vda. e Hijos de J. Martínez.
En Caceres: D. Joaquín Sobella Castol.
En Cádiz: Sra. Vda. de Rastin M. tute.
En Cartagena: Sres. A. Várez Hermanos.
En Ciudad Real: D. Rafael Llanero.
En Coruña: D. Ricardo Barreiro.
En Granada: D. Francisco de P. Gálvez.
En Guipúzcoa: Unión Farmacéutica Guipuzcoana.
En Huelva: D. Simón Abril.
En León: D. Lisardo Martínez.
En Murcia: D. J. Moreno López.
En Orense: D. Luis Fábregas.
En Oviedo: D. Manuel Cantabrana (Gijón).
En Palencia: D. N. de Fuentes Ascur.
En Plasencia (Caceres): D. Julio R. Cárdena.
En Salamanca: Centro Farmacéutico y D. J. Villalobos.
En Santander: Sras. Díaz F. y Calvo.
En Santiago: D. Ricardo Barreiro.
En Segovia: Sres. Marcos y Compañía.
En Sevilla: Farmacia del Globo.
En Sarria: D. José Morales.
En Tarragona: D. V. Sanromá.
En Tolosa: Dr. Santos.
En Valencia: D. A. Gamir y D. F. García Gual.
En Valladolid: D. R. Pascual y C.
En Villegas: D. Ricardo Barreiro.
En Vigo: Sres. Suscres de Eudoro Barro.
En Vitoria: D. Tomás de Balboa.
En Zamora: Dr. Álvarez Toledo.
En Zaragoza: Sres. Rived y Chuliza.

Y en todas las farmacias de España



Ybarra y Compañía
(S. en C.)—Sevilla
(LINEA REGULAR DE VAPORES)
SERVICIOS ESTABLECIDOS POR ESTE COMPAÑÍA
EN LA COSTA DE ESPAÑA

Bilbao para Marsella y puertos intermedios:
Todos los jueves

Bilbao para Barcelona, con escalas en Santander, Sevilla, Málaga, Alicante y Valencia:
Todos los domingos

Salidas semanales de Pasajes para Valencia, con escalas intermedias.

Salidas de Gijón para Sevilla cada diez días.

Para más informes: Oficinas de la Dirección y don Joaquín Haro, consignatario

Se admiten anuncios y suscripciones: Floridablanca, 1

Manuel García Cárabe
Comisiones y consignaciones

Rua do Alecrim, 69, 2.º
LISBOA

CREMA DENTRIFICH Mennen
LO MEJOR PARA LA DENTADURA
Estimula el flujo de la saliva; limpia, blanquea, pulve y deja un gusto agradable y refrescante en la boca.

No ataca al esmalte de los dientes.
THE MENNEN COMPANY
NEWARK N. J. E. U. S. A.
En Droguerías y Perfumerías. Compralo hoy

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑO
COMPAÑÍA DE SEGUROS REUNIDOS
CAPITAL SOCIAL: 12.000.000 de pesetas efectivas
completamente desembolsado

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA, PORTUGAL Y MARRUECOS
56 AÑOS DE EXISTENCIA

Seguros sobre la vida - Seguros contra incendios
Seguros de valores - Seguros contra accidentes.
Seguros marítimos.

Alcalá, 43.- Oficinas: Caballero de Gracia, 60

LAVOL
alivia instantáneamente los terribles dolores de eczema y otras enfermedades de la piel. Unas pocas gotas de LAVOL, la picazón desaparece. La realización de las centenares de curas efectuadas por LAVOL causa una gran demanda de este remedio maravilloso

De venta en todas las droguerías y farmacias

PLATERIA
La casa que más paga por oro, plata, platino, galones y toda clase de alhajas, es Plaza de Santa Cruz, 7

GRAN FARMACIA VENDE en importante capital provincia, propiedad de un médico, y muy a la moda y muy a la moda. Informar: V. Ruesta, Alfonso I, 40, Zaragoza.

"GETS-IT", El Mejor Calificado del Mundo
Fabricado por E. Lawrence and Co., Chicago, Illinois, EE. UU. de América. Del venta en todas las farmacias y droguerías.

Patentes de invención
Marcas de fábrica
Títulos de establecimientos
Gestión rápida y económica

Manuel de Arjona
Agente oficial de Propiedad Industrial
Atocha, 122
(Frente al Ministerio de Fomento)

Folleto del DIARIO (51)

LA PRIMA DONNA
POR MERY

Los actores lo saben todo y por eso se presentan siempre temblando la primera vez. Preguntad hasta a los más ilustres, y todos confesarán que han temblado la noche de su debut.

«Ayúdame y te ayudará Dios», dice un proverbio, y Sansonetto, fiel admirador de él, y que quería a toda costa enaltecer a Julieta, repartió con maestría por el teatro su batallón, el cual debía a fuerza de aplausos asegurar el éxito de la prima donna. La claque estaba repartida por todas partes, desde la orquesta hasta las últimas galerías.

No había tomado sin motivo Sansonetto tales precauciones: la víspera había oído decir a la señorita Paulina que un amigo

suyo había comprado en la calle de Pópolo un pequeño silbato de marfil para acompañar a la debutante.

«Era preciso contrarrestar el mal!» Sansonetto, que conocía al amigo de quien podía hablar la signora Paulina, hizo al punto llamar a Bob.

«Julieta debata mañana, le dijo, es preciso que guste, ¿lo entendéis? Es preciso. El rostro de Bob se dilató con alegría.

«¿Y cómo no ha de gustar? murmuró, canta como un ángel, todos la aplaudirán. Todos no, hay uno que silbará.

Bob miró al director de la compañía con profundo asombro, como si no se atreviera a comprender.

«¿Silbar? ¿Quién? preguntó. ¿A quién?

«A miss Norfolk, vuestra señora.

«¿Y por qué la han de silbar?

«Porque su talento le ha creado ya enemigos; en otra cualquier noche supondría poco; pero si hoy miss Julieta sufre una derrota, se le cierran las puertas del teatro. Es preciso, pues, imponer silencio a los mal intencionados. ¿Me habéis comprendido?

Bob se rascó la oreja, lo que era en él señal de preocupación profunda.

«¡Allá veremos, maestro! -dijo por fin- ya sabéis que Bob tiene buenos puños.

Sansonetto, encantado de verse tan admirablemente comprendido por el anciano Bob, le refirió minuciosamente todo lo que había oído, todo lo que se preparaba, recomendándole que se fijase muy especialmente en el señor a quien Paulina concedía sus favores.

Bob comprendió la importancia del cargo que le confiaban, y murmuró alejándose muy satisfecho del maestro:

«Allá veremos, señores míos; allá veremos, dijo, y se fue muy tranquilo a apurar su vaso de ginebra.

Aquella noche la sala de Apolo podía difícilmente contener tanta gente en su recinto.

Más de tres mil espectadores se agrupaban desde la orquesta a las galerías, y no se recordaba una afluencia semejante hacía muchos años.

Sansonetto, como un hábil general, se colocó en su puesto después de asegurarse de

que cada cual ocupaba el suyo, y muy especialmente Bob, quien se había instalado al lado de un señor que gestionaba mucho y que no era otro que el protector de la señorita Paulina.

Al dar las ocho se levantó el telón.

La ópera era una de esas piezas dramáticas que, a más de cautivar el oído, interesan el corazón.

Aunque se había representado muchas veces en los teatros de Roma, Sansonetto la escogió con preferencia a otra porque el papel de la prima donna se adaptaba perfectamente a las condiciones de Julieta.

La primera escena era un coro de aldeanos, la segunda servía de exordio a la tercera y en ésta Julieta apareció.

Estaba hermosa, con esa hermosura que le era propia y que respiraba bondad.

Un murmullo de aprobación resonó en todo el teatro.

El amante de Paulina creyó deber protestar contra aquella primera muestra de aprobación y exclamó fingiendo en ella los gemelos:

«¡Bah! ni figura, ni expresión...

Algunos chicheos significativos le hicieron comprender que su observación era intempestiva.

Bob en cambio nada dijo; pero le miró de un modo tan extraño, que el intempestivo observador bajó los ojos sonrojado.

Julieta, como ya hemos dicho, era una cantante de gran mérito; su voz clara, vibrante, encantaba al auditorio que la escuchaba con recogimiento aplaudiéndola calorosamente al final del acto primero.

«Un debut semejante prométil!»

Tal era la opinión de Sansonetto y tal la de todas las personas entendidas que durante el entreacto hablaron con imparcialidad del mérito de la prima donna.

Sin embargo, aún no se podía afirmar nada definitivo, aún tenía la pieza grandes dificultades que vencer.

Se dio principio al acto segundo.

Bob seguía en su puesto y vigilaba cada vez más los ademanes de su vecino que, sentado al lado de Paulina, se agitaba violentamente en su sitio jugando con un pequeño silbato de marfil.

Cuando Julieta volvió a aparecer se res-